

Señor Román

Llevaba tiempo despierto, pero el señor Román nunca se levantaba de la cama hasta que el despertador sonase a las siete en punto de la mañana; una vez en pie, continuó con el ritual de todos los días; primero se tomó un café cortado con unas gotas de leche al tiempo que fumaba un primer cigarro; luego fue al cuarto de baño a asearse; después consultó su agenda en la que minuciosamente anotaba las actividades del día; minutos más tarde se vistió con parsimonia, adornando el cuello de la camisa con su corbata preferida de color malva estampada. Entre tanto su querido perrito Choco ya había abandonado su confortable cesta tras el largo sueño y se desperezaba a sus pies entre uno que otro bostezo, mientras movía enérgicamente su pequeño rabo, demandando de su amo el paseo matutino de todos los días. Una vez de vuelta de la corta caminata, el señor Román se despidió de Choco con unas suaves caricias, y tras coger las llaves, la cartera, el móvil y el paquete de tabaco, salió de casa con paso decidido cuando el sol despuntaba al alba; para llegar al trabajo, al que siempre iba andando, debía recorrer dos kilómetros de distancia y atravesar el centro de la ciudad, en lo que invertía treinta minutos exactos.

El señor Román era inspector de tributos, cargo al que accedió por oposición hacía más de treinta años; sus compañeros y subordinados lo consideraban un funcionario íntegro, de gran experiencia y conocimiento, incorruptible y a la vez implacable en sus resoluciones e informes, en los que no había cabida al menor indicio de compasión o indulto. Todos comentaban como el carácter del señor Román se había venido agriando desde el fallecimiento de su esposa, acaecido hacía ya varios años.

En efecto, tras la muerte de su esposa el señor Román se había convertido en un hombre solitario, de costumbres rutinarias y poco amigo del gentío y las estridencias. Muchas

cosas ahora le molestaban sobremanera y le sacaban de quicio; no soportaba los gritos, el ruido de los tubos de escape, los cláxones de los coches, la mala educación, las palabras mal sonantes, la impuntualidad; le irritaba la gente indolente, y no toleraba a los vagos ni a los aduladores.

El señor Román se había casado joven con su novia de toda la vida, Ana, a la que siempre había idolatrado; no tuvieron hijos pero habían sido muy felices juntos hasta el día que una penosa enfermedad se la llevó de este mundo. El señor Román nunca había llegado a superar su pérdida y a consecuencia de ello fue encerrándose en sí mismo, detrás de una coraza.

Sumido en una profunda crisis existencial rehusaba cualquier encuentro con amigos y ocupaba el tiempo libre en quehaceres solitarios que le evadían por un rato del dolor que la ausencia de su esposa le causaba; se refugiaba en alguna de sus antiguas aficiones como eran la lectura de un buen libro, la escucha de una pieza musical clásica o la observación de mapas y atlas del mundo; la geografía siempre le había apasionado. Se había vuelto un hombre extremadamente metódico y cuasi neurótico, al que la única compañía que le causaba agrado era la de su querido perrito Choco, un pequeño y precioso bichón maltés de pelo blanco como la nieve y grandes ojos negros, que aunque ya tenía doce años seguía pareciendo un cachorro, y que era muy cariñoso y juguetón. El señor Román pensaba que Choco también debía de echar mucho de menos a la que fue su amita, a la que tanto quería.

Ese día, al concluir la jornada de trabajo regresó a casa a la hora de costumbre y después de un almuerzo liviano, descansó un rato, como hacía a diario, recostado en su sofá de

piel de cocodrilo en compañía de su perrito; así ambos durmieron los treinta minutos de rigor.

Tras la siesta el señor Román se dirigió a la habitación de estudio, se sentó frente al escritorio y tras repasar nuevamente la agenda, dedicó dos horas a ordenar y clasificar papeles y una documentación pendiente, luego escuchó “Claro de Luna” de Debussy y el Preludio opus 28 número 15 de Chopin.

A las ocho de la tarde, como todos los días, salió con Choco a dar un paseo por el parque cercano; aún no había caído la noche pero ya el sol decrecía al poniente. La brisa suave mecía la arboleda y Choco, feliz, husmeaba en la tierra en busca de olores y ya suelto del arnés, se perdió de vista entre los arbustos; después de varios minutos y de haber rastreado el parque sin encontrarlo, el señor Román, presa de la angustia, se dirigió a las calles adyacentes para continuar la búsqueda.

Las estrellas ya brillaban en el cielo y Choco no aparecía; nadie lo había visto. Al doblar una esquina el señor Román pudo observar en la lejanía una especie de manchita blanca, que se hacía visible en la oscuridad de la noche y que se movía veloz por la calzada. Instantes después el silencio fue interrumpido por una música ensordecedora y un fuerte ruido de motor, seguido de un impacto. Cuando el señor Román llegó hasta el vehículo derrapado pudo ver a Choco, que yacía en el suelo ensangrentado, e instantes después a cuatro muchachos con apariencia de estar ebrios saliendo del coche en actitud desafiante, haciéndole frente.

La ira se desató en el siempre frío e imperturbable señor Román y en un primer momento quiso tomarse la justicia por la mano, abalanzándose con violencia sobre los jóvenes con intención de agredirlos, pero el largo sollozo de Choco le devolvió la calma. Aún estaba

a tiempo de salvar la vida a su querido compañero y suplicó entonces ayuda a los jóvenes para trasladarlo a las urgencias del hospital veterinario del barrio. El señor Román se puso al volante y dos de los jóvenes se encargaron durante el trayecto de cuidar de Choco en el asiento trasero; los otros dos chicos se quedaron apesadumbrados y absortos en el lugar del accidente.

Tras ser sometido a una intervención quirúrgica y despertar de la anestesia, Choco apareció en la sala de espera en brazos del ayudante veterinario, con una pata inmovilizada, pero fuera de peligro, y al sentir la presencia de su amo comenzó a mover el rabito de un lado a otro al tiempo que sus grandes ojos negros resplandecían de felicidad.

El señor Román dio las gracias a los jóvenes por haberle acompañado y ayudado en aquellos momentos tan difíciles y éstos mostraron al señor Román su arrepentimiento por su conducta imprudente. El señor Román, el inspector implacable, por una vez había sido compasivo no denunciando a los jóvenes ante la policía y eso le hizo sentirse bien porque sabía que aquellos muchachos habían aprendido una lección de humanidad que no olvidarían.

Esa noche al acostarse el señor Román habló, como muchas veces hacía, con la memoria imborrable de su querida esposa Ana y le contó todo lo sucedido aquel día y ésta, desde el cielo o desde donde estuviera, le halagó su conducta y le envió un hermoso beso lleno de amor.

A la mañana siguiente mientras se dirigía al trabajo, el señor Román volvió a sentir el placer de caminar a esa hora temprana por las calles peatonales del casco antiguo; los operarios del servicio de limpieza municipal ya barrían y baldeaban las aceras y las plazas

y los primeros comercios iban abriendo sus puertas y persianas; volvió a disfrutar al oír el canto de los pájaros ocultos en la copa de los árboles y el rumor del agua en los pilares y en las fuentes. Al llegar al trabajo, saludó con afecto a los compañeros, que pudieron volver a adivinar en los ojos del señor Román una luz que hacía años que no veían. Aquella tarde telefoneó a un viejo amigo con el que hacía años que no hablaba y le propuso retomar su entrañable amistad.

El señor Román había encontrado en gran parte un nuevo sentido a su vida, que desde entonces no fue otro que el hacer feliz desde la lejanía a su añorada esposa, volviendo a ser la persona bondadosa y compasiva que ella había conocido.

EL CABALLERO ANDANTE.

Auto:r Juan Manuel Oregón Zamorano

Accésit del IX Concurso de Relatos Cortos. Curso 2022-2023

